

DESPUÉS DE LA SALUD: LA ESCRITURA DEL VIRUS

Gabriel Giorgi
New York University
gabriel.giorgi@nyu.edu

Un nuevo habitante en la ciudad

¿Es posible hablar de una enfermedad *propia*? Si, como sucede frecuentemente, hablamos de la “propia” salud, como del cuerpo “propio” o la “propia” vida, la enfermedad o la patología parecen desempeñar un rol más incómodo e incierto en el universo de lo propio y de la propiedad: la enfermedad remite, típicamente, a las figuras de la alteridad y de la ajenidad, del huésped o del invasor. Incluso cuando hablamos de “mi enfermedad”, es previsible que se trate de una condición pasajera, donde la identificación entre la enfermedad y el “yo” es provisoria, una convivencia temporaria. Los lugares comunes de la enfermedad, del virus o la bacteria, patógenos como invasión, amenaza, contagio o contaminación no hacen más que replicar el imaginario *inmunitario* que tenemos sobre la salud, un imaginario que se funda sobre la posibilidad de una distinción nítida, reconocible, originaria (y, por lo tanto, restituible) entre el “propio cuerpo” identificado con una salud primigenia, y esas criaturas visitantes, parásitas, extranjerías, esos huéspedes que ocupan un espacio al que no pertenecen y al que amenazan y pueden, poten-

El artículo interroga la posibilidad de una retórica no-inmunitaria en torno a la enfermedad en la literatura latinoamericana contemporánea. Un punto de partida general del análisis es el argumento de Roberto Esposito acerca del “paradigma inmunitario” que modela la noción moderna del “individuo” y la “persona” —reflejos de la lógica misma de la soberanía política— en Occidente. El análisis de esta retórica no-inmunitaria se enfoca en la novela *Vivir afuera* (1998) del escritor argentino Rodolfo Fogwill, y especialmente las modalidades de una ética y una política conjugadas alrededor de la figura del portador del virus VIH. En torno a la figura del portador se conjugan desafíos a la noción inmunitaria de individuo a partir de un virus que, tornándose

Recibido: 01 de octubre de 2009
Aceptado: 09 de noviembre de 2009

cialmente, destruir. Según esa lógica inmunitaria —en la que, no hace falta subrayarlo, se hacen eco desarrollos decisivos de la imaginación política moderna— el individuo se preserva auto-inmunizándose de aquello que amenaza la estabilidad de su constitución y su identidad (paradójicamente, se constituye preservándose: es una lógica performativa, autorreferencial). (Esposito, 2005). La amenaza, el riesgo, el peligro proviene así de la mezcla, de lo que está “entre”, de lo que pasa y circula entre los cuerpos y los individuos, de lo que desborda o pone en peligro la individuación: es decir, “de lo común”, por eso el individuo es un dispositivo inmunitario que traza todo el tiempo la distribución entre lo propio y lo común¹. La salud es propia, la enfermedad no —ésta es, más bien, una presencia oblicua, una excrescencia o contaminación, que disloca el núcleo y la identidad de lo propio—.

Bajo la luz de esa lógica (auto)inmunitaria que, según Esposito, moldea la noción de “persona” en Occidente (Esposito: 2007), la enfermedad emerge así como uno de los nombres de ese “entre”, de eso común que pone en jaque el universo de lo propio; de allí la incomodidad, o la incongruencia de la idea de “mi enfermedad”. La enfermedad, el virus, aparece en nosotros bajo la figura del huésped o del ocupante: una presencia ajena que irrumpe en la intimidad de lo privado, lo separado, lo individualizado. El enfermo es, en consecuencia, el sujeto de un cuerpo tomado, expropiado; la curación será la restitución de una propiedad puesta en cuestión. La salud se representa así como el estado *originario*; la cura se narra como una vuelta al origen, a un estado primigenio

“huésped”, redefine la dimensión de lo común y que, al mismo tiempo, expone una nueva relevancia de la dimensión de lo biológico y lo viviente en las gramáticas contemporáneas de la experiencia.

Palabras clave: Rodolfo Fogwill, literatura argentina, vivir afuera, enfermedad, inmunidad, biopolítica, síndrome de inmunodeficiencia adquirida.

After Health: Writing the Virus

The article explores the possibility of a non-immunitarian rhetorics in contemporary Latin American literature. Drawing from Roberto Esposito's argument about the “immunitarian paradigm” as the basis of the modern notion of the “individual” and the “person” in the West, my reading focuses on Fogwill's novel *Vivir afuera* (Living Outside, 1998) and the ethical and political meanings deployed around the figure of the HIV carrier. Around this figure, the text interrogates the challenges to the immunitarian notion of the individual presented by a virus

en el que se condensa la imagen de lo propio. La imaginación inmunitaria reafirma, así, el privilegio del origen, de la propiedad y de la identidad, contra el umbral de lo común, de lo que pasa entre los cuerpos, de lo que circula y se replica.

¿Qué sucede, sin embargo, cuando el virus o la bacteria permanecen, dándole a la enfermedad una duración abierta, transformando el evento de la irrupción en una continuidad y en un modo de la temporalidad compartida? ¿Qué retóricas y qué experiencias aparecen con ese trastocamiento de los tiempos “convencionales” de la enfermedad y del presupuesto inmunitario de la restitución de la “salud propia”? ¿Qué pasa cuando la enfermedad y el enfermo se tornan, por eso mismo, parte de la comunidad, del tiempo compartido, de los modos en que se imagina y se cuenta el hecho de vivir en comunidad? ¿Qué sucede, en fin, cuando en los modos de pensar lo común y de representar la comunidad aparece la figura extraña, insidiosa, inaferrable, de un microorganismo que exige, por así decirlo, “cartas de ciudadanía”, que llega al espacio compartido para quedarse?

El virus del VIH ha hecho de nuestra época el escenario de estas preguntas. Ese virus que potencialmente puede producir el Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida se ha convertido, sobre todo a partir de mediados de la década de los noventa con el desarrollo de los cócteles, en una condición crónica², de temporalidad abierta, que consecuentemente complica cualquier presunción esquemática sobre la relación entre salud y enfermedad, y toda imaginación inmunitaria relativa a la curación. Por tanto, el VIH impone, por un lado, desafíos éticos y políticos acerca de los modos

that, turned into a guest, redefines the idea of the common, and that, at the same time, exposes the new relevance of the dimension of the biological and the “merely” living in contemporary rhetorics of experience.

Key words: Rodolfo Fogwill, Argentine Literature, Immunity, Biopolitics, Acquired Immunodeficiency Syndrome.

de responder ante esa presencia permanente del “virus” entre “nosotros”—justamente: “en el entre”, en eso que pasa y que circula entre los cuerpos y en los lenguajes, en ese espacio intervalar que es la condición inmanente de lo común—. Por otro lado, demanda indagaciones estéticas, formales, acerca de los modos de narrar, de visibilizar, de nombrar y de representar esa enfermedad bajo el signo de su permanencia, de una condición que, en lugar de excepción y anomalía, parece volverse normal y cotidiana, y que por lo tanto pone en cuestión modos convencionales de representar el cuerpo —tanto el propio cuerpo como su relación con los otros cuerpos y con lo común—. ¿Cómo se reformulan los modos de hablar y de imaginar el “yo”, y el “nosotros”, ante ese virus que perdura en y entre los cuerpos, que se queda en el espacio de la comunidad? ¿Cómo se narra la convivencia con ese nuevo habitante, con ese huésped que, por el momento, no da ninguna señal de dejarnos? Y, al mismo tiempo, ¿se puede “normalizar” la enfermedad? ¿Se puede incorporar a los lenguajes de la cotidianeidad, de la vida diaria, de lo que pasa en el día a día —y que se dice sobre el trasfondo de la continuidad de la vida: de la ilusión de inmortalidad—, eso que nos impone la conciencia de la muerte y de la finitud? ¿O esa normalización y esa incorporación sólo tienen lugar bajo el signo de la denegación y el olvido? El VIH presenta la particularidad de ser un virus —hasta el momento, al menos— “incurable” que, sin embargo, frecuentemente posterga su desencadenamiento como enfermedad y con ello sus consecuencias letales; un virus crónico, que redefine de manera única la temporalidad de la vida y el paso de la muerte. Daniel Link habla de una “mutación antropológica” jugada en torno al VIH y a su presencia “monstruosa”: ante el virus, dice Link, se inaugura una “ética y una estética de la existencia” (Link, 2006: 171) que ciertas escrituras literarias contemporáneas están explorando de modo privilegiado. En efecto, una serie de textos literarios publicados recientemente en América Latina se hacen eco de estos nuevos registros de experiencia y de subjetividad jugados en torno al virus, en el límite entre lo propio y lo común: la literatura aparece allí como un laboratorio de lenguajes de lo singular que pone en cuestión la imaginación inmunitaria de la enfermedad pero también los modos de construir subjetividad e individualidad a partir de una lógica inmunitaria. Desde las *Crónicas del sidario* (1996) de Pedro Lemebel hasta *Un año sin amor* (1998), de Pablo Pérez, desde los textos de Perlongher sobre el sida hasta los cuerpos dispersos y anómalos de Mario Bellatín, la lite-

ratura contemporánea en América Latina parece verificar líneas de exploración sobre modos de experiencia, instancias de subjetivación y dimensiones de lo colectivo alrededor del VIH y del sida como un paradigma contemporáneo de la enfermedad.

En esa reordenación de experiencias en torno a la enfermedad y al “virus” —que es una reorganización de relaciones entre cuerpos, sujetos, lenguajes y comunidades— la novela de 1998 de Fogwill, *Vivir afuera* (reeditada en el 2009), tiene un lugar decisivo, porque es, quiero sugerir, uno de los textos que llega más lejos en la indagación de las resonancias colectivas del virus en un contexto histórico de dislocación profunda de los modos de imaginar la comunidad y lo común. Lejos de ser una “novela del sida”, es decir, una novela que hace del enfermo —de su lugar social, su subjetividad, su tiempo— el eje de su relato, *Vivir afuera* es, si puede decirse, una “novela del virus”, una ficción que hace de la presencia de un virus la instancia de un reflejo y una reflexión sobre condiciones históricas de la experiencia, una suerte de modelador de experiencias y de subjetividades. El sida, si se quiere, es aquí un punto oblicuo, indirecto, que resuena a lo largo de todo el texto sin constituirse, necesariamente, en un eje narrativo de la novela, un punto de conflicto y de transformación, ni en una instancia de construcción de universos de densidad psicológica o modos de la identidad individual, social o cultural. Se trata, más bien, de un texto en el que la cuestión del virus aparece por todos lados (y en los lenguajes más heterogéneos), pero que carece, casi, de “enfermos”; en ese desfase, creo, radica su interés para pensar el lugar del sida en la imaginación cultural contemporánea. Una novela que extrae de su interrogación acerca de la presencia permanente del virus uno de sus gestos principales hacia lo contemporáneo, hacia el presente: la enfermedad funciona aquí no sólo como un “dato” del contexto histórico, sino como un factor que transforma los modos de relación con el propio cuerpo, con el cuerpo del otro, y con los modos de vivir y de morir —un factor en el que se lee, quiero sugerir, una marca del presente—.

Virus y narración

Vivir afuera es una novela que, al decir de muchos de sus lectores, apuntó a convertirse en la novela argentina de los años noventa —o en la novela del

menemismo—, así como *Respiración artificial* (1981), de Ricardo Piglia, capturó la lógica histórica de la década de los ochenta: un texto que quiere dar testimonio y volver relato un cierto estado histórico de la sociedad argentina³. Las lecturas de esta novela han insistido, de manera sin duda legítima, en la relación señalizada por el mismo texto con el contexto específico y fechado de la “Argentina de los años noventa”. Sin embargo, creo que esta atención tan marcada al universo del presente histórico que la novela quiere capturar pierde de vista contextos más diversos, en los que se juegan otro tipo de transformaciones a nivel de retóricas y de materiales estéticos, y que pasan por una reordenación de las relaciones entre lenguajes y corporalidades. En todo caso, la atención de la novela a los detalles de esa transformación histórica que se denomina “Argentina de los noventa” es también el vehículo para pensar una reordenación más general de los modos de representar los cuerpos como materia de apuestas éticas y políticas. Me parece que el texto de Fogwill se puede leer en el contexto del surgimiento de retóricas de lo corporal —que provienen desde mediados de la década de los setenta— que interpelan y ponen en cuestión maneras de ser, de saber y de narrar previas; un contexto en el que las ficciones culturales responden y piensan desafíos que provienen de nuevos modos de intervenir, de capturar y de potenciar los cuerpos, de inscribirlos políticamente, de subjetivar sus afecciones y sus virtualidades; una tradición, en fin, que explora en la vida de los cuerpos una crisis de los modos de narrar y de pensar la subjetividad y la comunidad. *Vivir afuera*, quiero sugerir, es la ocasión de un extrañamiento más profundo que el demasiado familiar de “los años noventa”, y ese extrañamiento es uno de sus logros más interesantes.

Es en ese marco donde aparece el sida como una coordenada determinante. Hay, en este sentido, dos gestos que me parecen cruciales en esta novela, que la singularizan respecto de otras escrituras sobre la enfermedad: por un lado, hace del sida una “condición común”, compartida —o mejor dicho, “universal” o “universalizable”—, un hecho que, en lugar de quedar confinado al universo del enfermo, de su estigma, de su separación respecto de los otros, etc., atraviesa y se replica —como buen virus— por la totalidad del mundo representado. En *Vivir afuera*, el sida “toca” a todos los personajes; los personajes son obligados, en la novela, a hablar del sida: el texto trabaja esa conciencia cada vez más singular, pero al mismo tiempo colectiva, acerca del sida como una dimensión inescapable de los modos de imaginar lo común y la comu-

nidad. La enfermedad, la relación con la enfermedad no es aquí, entonces, un hecho individual, psicologizado, capturado en el espesor de una subjetividad ante su cuerpo enfermo: es una dimensión de lo colectivo, de lo social como lo que “pasa” entre los cuerpos y entre los individuos. El sida se vuelve, en otras palabras, una “condición histórica”: una coordenada del “tener lugar” y del darse a ver de los cuerpos en el mapa social del presente. Hacia el comienzo de la novela, Saúl, uno de los personajes centrales (es un médico inmunólogo que trabaja para una fundación dedicada a pacientes con VIH), despliega este paisaje “universalizante” y estadístico del virus:

Cada vez que baja al banco, desde la cola mira a las empleadas de las ventanillas, y más allá a los jefes y empleados que vigilan monitores, y calcula cuántos serán seropositivos: alguno debe ser homosexual, aquel tipo bronceado puede ser un transfundido en terapia intensiva, esa mujer mayor, pintada y sobrecargada de joyas, puede ser una de esas que contratan por teléfono los servicios de un taxi-boy [...] Por lo menos, calcula, uno o dos entre éstos es o será alguna vez seropositivo y tarde o temprano lo veremos aparecer en las planillas del servicio (Fogwill, 1998: 67).

La probabilidad es universal, cualquiera es o será seropositivo; el virus es desde el origen un hecho colectivo, contagioso, que puede albergarse en cualquier cuerpo, que se mueve entre ellos, como el dinero que se cuenta en el banco en el que tiene lugar la escena: eso que circula.

Por otro lado, el segundo gesto que me parece decisivo en el texto de Fogwill es el que dispone esta resonancia colectiva del virus sobre un fondo más general, que es el de una nueva relevancia y una nueva visibilidad de lo biológico y de lo “meramente” viviente en los modos en que se despliegan narrativa y retóricamente las apuestas éticas y los imaginarios políticos. La presencia y la permanencia del virus implica (o impone) en el texto una relación siempre abierta, siempre indeterminada con el umbral de lo viviente, con el hecho primario de la vida y del vivir y, por tanto, con el límite siempre móvil entre lo social y lo biológico, entre lo simbólico y lo orgánico, entre lo humano y lo animal (el virus es, después de todo, un ejemplar de vida animal: “trae”, por así decirlo, el límite de la vida o lo viviente “en tanto que tal”, al universo de lo social y de lo humano). *Vivir afuera*, desde el mismo título, inscribe la di-

mención del vivir despojado de atributos, su exposición como hecho biológico y orgánico: es sobre esa coordenada de una nueva biologización de la política y de lo social que aquí se narra el sida como hecho del presente, como marca de lo contemporáneo.

“Tendría que escribir todo esto”, piensa Wolff, otro de los personajes centrales que organiza la narración en *Vivir afuera*, “[d]arle forma a la idea de que todos llevamos algo que en cualquier momento se te desencadena y te mata”. (169). Darle forma a ese “algo”: en ese gesto el texto hace del sida el material privilegiado porque va a hacer de la figura del “portador” asintomático —del cuerpo que lleva en sí al virus sin estar enfermo— una suerte de conjugador general del universo narrativo. Todos los personajes, aquí, se reflejan, de diferentes modos, en el “portador”; el portador inscribe un desfase entre subjetividad y biología, entre el tiempo del yo y el tiempo del virus en el que el texto sitúa a sus personajes y sus historias. El portador, la portación de “algo” que eventualmente “te mata”, se vuelve un modo de representar los cuerpos —una luz, una visibilidad— que, justamente porque va más allá de la figura del enfermo, de la individualización e identificación del cuerpo enfermo por oposición al cuerpo sano, involucra el hecho de lo común, de lo universalizable, de lo que pasa entre los cuerpos, de lo que se contagia y se comunica, de aquello que no es irreductible al “yo” o al “otro”, sino que tiene lugar entre ambos.

En torno a la figura del portador se pueden leer también resonancias culturales y políticas de la cuestión del sida. Ante el “vivir bien” —o el incesante “viva más y mejor” de nuestra época— de los discursos de optimización y maximización de la salud que, en las últimas décadas del siglo XX, se convirtieron en una suerte de moral dominante de las sociedades neoliberales (Rose: 2007), y en los que los mecanismos y lógicas de autoinmunización parecen capturar ciertas claves de la imaginación política (Esposito, 2005 y 2007), el texto de Fogwill escenifica lenguajes, saberes, ficciones, éticas que pasan por relaciones singulares, “riesgosas”, expuestas o abiertas a una relación con el virus y con la enfermedad. Allí donde la salud individual se convierte en el valor supremo y en la norma ideológica de una sociedad —el sujeto neoliberal que se refleja en su “calidad de vida” y en la optimización de su “potencial”— *Vivir afuera*, junto a otras escrituras, interroga el hecho de la proximidad del virus, la conciencia de su estar entre nosotros, de su formar parte de lo social y de su estar en la inmediatez del “propio” cuerpo.

“Vivir afuera”: para narrar la comunidad en esa “exterioridad” en ese “afuera” anunciado en el título, el texto de Fogwill inscribe el sida, al virus y al portador, como un vector alrededor del cual la comunidad y lo común ponen en juego su propia posibilidad. El virus —“ese otro viviente”, esa vida no humana, “a-humana” que se alberga en el interior de los cuerpos: ese huésped permanente, eso que “se te desencadena y te mata”— pasa, paradójicamente, al centro de la pregunta por lo común y la comunidad, y por lo tanto, de la pregunta por lo político: *Vivir afuera* tiene lugar en esa dislocación.

Simultaneidad

La novela de Fogwill lleva adelante una jugada ambiciosa en el contexto de la narrativa argentina en la década de los noventa: una novela realista que reivindica, al mismo tiempo que problematiza y pone en cuestión, la capacidad de la literatura para capturar y volver inteligible un momento histórico, y un nuevo “estado” social. La novela narra la trayectoria de once horas de seis personajes principales que se entrecruzan en un *topos* ficcional dibujado entre Capital Federal y el conurbano bonaerense, y cuyas identidades sociales y culturales heterogéneas (que van desde una prostituta y *dealer* seropositiva hasta un inmunólogo y *researcher* judío, y desde un ex-combatiente de Malvinas hasta un operador de negocios turbios —Wolff— que es también “editor y crítico”) no les impide volverse narrables sobre ese escenario nítido que les proporciona la novela. Hay en ello algo de arriesgado: en el contexto posnacional, diaspórico y globalizador de los años noventa, *Vivir afuera* afirma la posibilidad de algo así como un *topos*, una territorialidad, y una localización en la que efectivamente se cruzan personajes “flotantes” o “suelos” en el mapa de lo social; un espacio o un perímetro que conjuga las trayectorias heterogéneas, singulares, de personajes muy diversos; conforma así una, digamos, “topografía de lo común”, una territorialidad que funciona como condición de lo común. Esa es, me parece, una de las operaciones claves de la novela de Fogwill: la de postular una territorialidad a la vez “posnacional” —un “afuera”, una exterioridad— y común; la de afirmar que el territorio (más que la cultura o la identidad, que fueron los gestos más evidentes de la década de los noventa) funciona como condición de posibilidad de una comunidad o una imaginación colectiva. “Lo común se localiza”: contra el impulso diaspórico, transnacionali-

zador y globalizante que se potencia en los años noventa, *Vivir afuera* reafirma el territorio, el lugar, la localidad como condición para imaginar lo común. Si pensamos en los textos de Noll o de Bolaño, por nombrar algunos de los proyectos de escritura contemporáneos al de Fogwill, ese *topos*, ese “lugar común” entendido como una totalidad, como un paisaje totalizante de las trayectorias y de sus sentidos colectivos, es impensable. En esas escrituras es más la imposibilidad del lugar —la errancia en Noll, la “Santa Teresa” terminal de Bolaño— lo que aparece como el origen del relato.

En el marco de ese desafío en el que la novela apuesta a situar un mapa y una topografía en la era misma de la deslocalización es donde hay que situar el “afuera” de *Vivir afuera*⁴. ¿Cómo volver, efectivamente, narrable, un espacio, un dominio marcado por la pura exterioridad, es decir, por la crisis del lugar, del “tener lugar”, de la pertenencia? El “afuera” del título es la verificación de que toda interioridad, toda morada, todo hogar y toda pertenencia asiste a un proceso de reversión y de exteriorización irremediable; lo propio, lo interior y lo interiorizado existe sólo a partir de un movimiento de dislocación y de expulsión formidable que caracteriza a la modernidad en general, pero que se cristaliza como tal hacia final del siglo XX⁵. En Fogwill, una de las premisas del relato es justamente la de la crisis radical, irreparable, del *lugar*: el suyo es un mundo que, al decir de Joao Gilberto Noll, “ha perdido la aquiescencia de ser” (1992); un mundo en el que no se sale ni se retorna a un lugar que funcione como fundamento de la propia identidad ni de la identidad colectiva. Pero en Fogwill, al mismo tiempo, esa dislocación, ese movimiento deslocalizador, que saca a todos los personajes de lugar, que los arroja a ese afuera sin nombre (un afuera que es territorio sin “lugar”, sin *nomos* cultural, político, jurídico), es lo que permite imaginar y narrar el azar del encuentro y del deseo: lo que relanza, una vez más, la posibilidad de lo común.

Esa topografía y esta localización de lo común hace también posible la forma narrativa misma del texto de Fogwill: el relato simultáneo. Lo que une a los personajes no son sólo sus trayectorias espaciales compartibles —el hecho de que se puedan cruzar azarosamente en el espacio, verse, encontrarse, eventualmente desearse: el espacio como condición o regla del azar, de la contingencia narrativa— sino el hecho de que sus trayectorias tienen lugar al mismo tiempo. Se trata de la historia de una noche y un día en la vida de cinco personajes principales, narrada en una tercera persona intercalada (que a

veces da lugar a una primera persona), donde el foco narrativo cae sobre los diferentes personajes en secuencias que se van entrelazando sobre el espacio de la novela; la forma misma de la narración replica, así, en el nivel de la enunciación, los cruces a nivel del enunciado. La construcción de la simultaneidad, de la historia sincrónica de los muchos (o de los “varios”), de una temporalidad colectiva fundada en las trayectorias paralelas de los personajes, proporciona la base de la imaginación de lo colectivo buscada por la novela⁶.

¿Qué conjuga, sin embargo, la simultaneidad narrativa y la conjunción espacial de *Vivir afuera*? ¿En torno a qué contenido se organiza y cohesionan esta forma que tiende, evidentemente, a la dispersión? ¿Cuáles son las fuerzas o la lógica que reúnen a estos personajes “suelos”? No hay evento o acontecimiento que aquí conjugue las trayectorias simultáneas, un acontecimiento histórico, o la Historia como evento, que le dé sustancia y contenido a la forma de la narración. En *Vivir afuera* hay, desde luego, una variedad de elementos que resuenan entre los distintos personajes y les imponen el “aire de época” que la novela quiere capturar: el consumo —el *shopping center* es un territorio privilegiado en el texto—, cierta exacerbación de lo sexual, la corrupción social y política como lógica de la acción individual, o la red de vigilancia que, según descubrimos al final de la novela, sigue los itinerarios de los personajes y ocupa, de modos cada vez más marcados, el lugar del narrador⁷. Estos elementos, sin bien trazan puntos de resonancias y reflejos entre los personajes, no funcionan como mecanismo de articulación narrativa, es decir, como el vector que, atravesando los relatos simultáneos, los proyecte sobre un horizonte compartido. Ese vector, ese elemento que circula explícitamente entre los protagonistas, sus relatos y sus territorios, es uno de los personajes principales, Mariana, la prostituta que, en la noche narrada, viaja desde el conurbano a la capital después de hacer un “negocio” con la policía. Mariana conocerá a Wolff en un bar, en un encuentro que terminará en una fiesta sexual, al otro día, con otros dos personajes (Saúl, su médico, y Cecilia). Este es el personaje que recorre los distintos espacios y los distintos cuerpos de la novela —ella, digamos, “toca” a todos los personajes, ella es lo que todos “tienen en común”—. Con Mariana —un personaje que condensa belleza y enfermedad, una suerte de musa decadente provista de una deslumbrante habilidad narrativa— viene el virus: ella es la portadora de VIH en este universo en el que, sin embargo, todos son afectados y obligados a responder ante su pre-

sencia. La ubicuidad narrativa de la portadora la revela como una función decisiva en el discurso: ella es la forma que el texto encuentra para “la idea de que todos llevamos algo que en cualquier momento se te desencadena y te mata” (no es casual que Wolff piense en esto, mientras la observa en el baño); Mariana se vuelve así la medida de los otros personajes, su reflejo.

El personaje “articulador” o cohesionador de la narración no sólo porta el virus sino la conciencia sobre el virus: el saber sobre la condición de portador y la necesidad de posicionarse en relación a eso que pasa, circula, eso que está entre los cuerpos. En lugar de confinar la presencia del virus en la figura del enfermo —ante el cual el relato “respondería” según los modos de la responsabilidad y la hospitalidad, la tolerancia, la solidaridad o la caridad; o bien, de la exclusión, la fobia, la persecución, etc.—, la novela distribuye la enfermedad, la “contagia” por los diferentes espacios y voces, y la dispone como un umbral de exposición que no deja ningún cuerpo a resguardo. El sida aquí es una coordinada clave de la experiencia histórica porque ningún cuerpo y ninguna voz de la novela queda distanciada de la exposición al virus y el riesgo de contagio; en la novela no hay “sanos” y “enfermos”, sino “contagiados y contagiables” y, todos, en alguna medida, portadores; es menos la confrontación absoluta entre salud y enfermedad que la temporalidad gradual, siempre abierta, del contagio, lo que define los modos de la experiencia y los sentidos del “vivir” en la novela de Fogwill. La portadora, en su itinerario textual, traza esta gramática de la experiencia a partir de esta nueva inevitabilidad del virus —que no deja a nadie sin algún tipo de relación con él— y la torna en una de las marcas del presente.

“¿Qué grado de riesgo dirías que hay en contacto sexual directo con ella? Digo, riesgo, además de creerse que uno encontró a la mujer de su vida y terminar reventado como ella” (286). —le pregunta Wolff a Saúl, el médico inmunólogo, refiriéndose a Mariana—. La sexualidad inscribe en el texto el espacio de contagio que es, evidentemente, el espacio de lo común: el texto trabaja los modos en que el deseo sexual se imbrica con la exposición al virus de la que los personajes son, de distintas maneras, concientes. Esa conciencia es inversa al saber autorizado u oficial sobre el virus: “El que te diga un nivel de riesgo en tal o cual condición macanea, porque no hay ningún estudio concluyente. Macanea. ¿Sabés por qué no hay estudios concluyentes? Porque están mal hechos” (287). Las medidas de prevención son, entonces, para el in-

munólogo de *Vivir afuera*, “macanas”. Es en esa paradoja donde se sitúa el texto: inmunización y exposición, protección y riesgo, se vuelven aquí instancias de una incertidumbre que resuena a lo largo del texto; cualquier postulación de inmunidad es pura imaginación, “macanas”; en *Vivir afuera* se vive en riesgo, en una relación próxima con el virus, nunca unívoca, ni definitivamente protegido de él. La salud como inmunidad, la salud como interioridad protegida, como integridad intocada o puesta absolutamente a resguardo del virus, se torna, en este universo, puramente imaginaria e ilusoria, puro engaño, una creencia o una fe que compromete nuevos modos de obediencia, de explotación y de violencia. Contra esta falsa creencia, *Vivir afuera* le opone el realismo del virus —su presencia irremediable— y hace de él la instancia de una apuesta ética. El virus es la ocasión para agujerear o rasgar la película de la salud como fantasía normativa, como falsa promesa de inmunidad absoluta y como denegación de la muerte: *Vivir afuera* empieza, por así decirlo, *después de la salud*, en el hecho irreparable, incontenible, incurable del virus.

La hipótesis paranoica

Uno de los personajes de *Vivir afuera* muere por complicaciones derivadas del sida: se trata de un paciente de la fundación donde trabaja Saúl, y que deja, después de su muerte, un manuscrito que circula entre los médicos de la fundación. Este personaje condensa la figura del enfermo terminal con la del escritor, e inscribe en la novela una cierta idea de la literatura: la de la escritura como memoria espectral, como umbral por el cual los muertos alcanzan a los vivos, bajo el signo de una voz que se conserva y se archiva en la escritura. Aquí leer es oír, es escuchar una voz⁸. Este personaje, una especie de paria absoluto (es homosexual, judío, seropositivo —“yo soy el judío errante, soy un error flotante”—) del que los médicos sospechan que “debió haberse leído todo lo que pudo sobre la enfermedad” (200), trae al texto una hipótesis sobre el origen del sida: se trata de una hipótesis conspirativa, que hace del sida la consecuencia de las nuevas tecnologías médicas de trasplante y el *management* intensivo de lo viviente:

Basta mirar las fechas para notarlo: en aquel año se jactaron de haber controlado la inmunidad [...]. Científicos a sueldo de clínicas y laboratorios

odian el cuerpo humano: ese atavismo de la fisiología humana que se obstinaba en impedir que los ciudadanos del Primer Mundo se intercambiaran libremente riñones, pulmones, hígados y corazones los unos a los otros. ¡Injertaos los unos a los otros! Predica el Cristo PhD del neocapitalismo. Como en la herencia familiar, pásense partes de muertos a vivos [...]. Después, empiecen a pasarse anticipos de moribundos a vivos y acaben, como en toda película de final feliz (¡Y la ciencia del cuerpo es una estúpida película de final feliz...!), pasándose órganos y pedazos de pobres a ricos (211).

Justo ese año, según la hipótesis del enfermo,

empiezan a aparecer cuerpos de putos gay que, por cuenta propia, sin inoculación de líquidos inmunosupresores, tan espontáneamente como una vez renunciar al tabú de la impenetrabilidad del recto, renuncian a la costumbre de defenderse de proteínas ajenas y se llenan de pestes para contar, ellos también, con un holocausto que llame la atención del mundo (211).

Como en los relatos de ciencia ficción, es la transgresión de una frontera intocable —la de la inmunidad—lo que aparece como umbral político, un nuevo dominio de control y colonización: “ahora dicen en el Pentágono que ellos jamás incubaron un proyecto de guerra biológica que contemplase la interrupción de la inmunidad obstinada de los cuerpos enemigos” (212). La inmunodeficiencia de los cuerpos revela su hechura biológica como la arena de una guerra en curso y como el territorio de una colonización por el mercado; el sida es, en la hipótesis del “judío errante”, el punto de revelación del cruce entre biopolítica y bioeconomía: el efecto de la subsunción absoluta del cuerpo en un biocapitalismo que hace de los órganos y de la vida una mercancía y un recurso, y de una biopolítica que torna los cuerpos arena de gestión bélica. Se trata, desde luego, de una ficción conspirativa más, como tantas que circularon y circulan acerca del sida. Sin embargo, me interesa subrayar algo que viene con esta fantasía conspirativa —fantasía que el narrador se encarga de reproducir a distancia, en la voz del “loco”, del poeta infectado y muerto, y en el espacio de un manuscrito literario como umbral de indistinción entre hechos y ficción—. Con esta fantasía conspirativa viene también la verificación,

dentro de la novela, de la nueva configuración de la medicina, de la economía y de lo político que, de modos impensables hace unas pocas décadas, hace del cuerpo y de lo viviente una mercancía, una materia convertible en capital. La voz del “loco” enuncia así, de modo oblicuo, un nuevo estado histórico que pasa por una captura bioeconómica y biopolítica sin precedentes de los cuerpos y de lo viviente: la disponibilidad creciente de órganos, de partes de cuerpos, que se vuelven puro recurso, puro objeto de inversión despojado de toda protección jurídica y política como “vida humana”. La hipótesis de este personaje dispone al sida —“y a la experiencia subjetiva en general”: a la posibilidad de la experiencia y de la subjetividad— sobre el fondo de esa colonización generalizada de los cuerpos y de lo viviente bajo la alianza de las “ciencias del cuerpo,” el mercado global y el nuevo “orden mundial” que se cristaliza en la década de los noventa. En *Vivir afuera*, la cuestión del virus y las retóricas de la experiencia a partir de la relación con el virus, tienen lugar sobre el horizonte de una “retórica de lo viviente” en la que aparece una nueva lógica histórica de capitalización y mercantilización de los cuerpos y de la vida. La hipótesis paranoica del moribundo enuncia así, de modo oblicuo, esa nueva lógica, en relación a la cual el texto mide su vínculo con el presente histórico. La “película de final feliz” de la “ciencia del cuerpo” —tales son las palabras del personaje— equivale a ese nuevo horizonte normativo, la nueva moral de la “salud” que parece condensar los modos de control y gestión de cuerpos en la era neoliberal o “neocapitalista”: nuevos modos de gestionar la felicidad y la obediencia. Es justamente contra esa “película de final feliz” de la salud, contra ese nuevo universo —en el que se juega no sólo una concepción banal de la felicidad, sino también nuevos modos de dominación, de explotación, de sujeción y de deshumanización que le son complementarios y constitutivos— que el texto ensaya estos modos de “vivir afuera”, estos experimentos subjetivos que componen el relato y a los que el texto enfrenta, por lo demás, a la inminencia de su fracaso. El horizonte histórico que se piensa en la novela es menos el de los dilemas de la política, el de la zaga de lo político como transformación de un orden social, como reinención de lo social y como dignificación universal de la “vida humana”, que el de los ejercicios a la vez biopolíticos y éticos en torno a los usos de los cuerpos y a los modos en los que esos usos de los cuerpos producen a su vez modos de sujeción, de obediencia y explotación, y modos de la subjetividad en tanto “posibilidad de ser”, en tanto singularidad. El tejido

histórico que narra *Vivir afuera* está hecho menos con los lenguajes de la política moderna que con los de la medicina y la economía, con los lenguajes de la administración de cuerpos vivos y muertos, y de la maximización de la salud de algunos cuerpos sobre el abandono absoluto de otros. Mejor dicho: si hay algo como un ‘lenguaje político’ en *Vivir afuera*, es el de la medicina y el de la economía; en ese cruce tienen lugar las apuestas éticas y políticas en torno a las que el texto se conjuga, y es allí donde se centran nuevos modos de dominación que trazan nuevas desigualdades y nuevas violencias. Esos lenguajes biopolíticos aparecen bajo el signo de la ficción paranoica y conspirativa, como si la única manera en la que esos saberes aparentemente neutros revelaran su potencial político, sus sueños de dominación y de explotación, y la violencia que les es inherente, fuese —como en Arlt— a través de los lenguajes desautorizados, de los saberes en principio irrisorios, ridículos o inverosímiles, como el de la conspiración inmunitaria del escritor seropositivo, o el de un sueño de Susi, otro personaje central, en el que aparecen los fetos con los que los americanos “hacen experimentos” (93) en la iglesia evangélica de su barrio del conurbano. De nuevo, la ficción conspirativa, paranoica, el secreto impronunciable, que en este caso pasa por el sueño, conjuga una imaginación política del presente que pasa por la intervención, administración, gestión de cuerpos vivos y muertos (es significativo que más adelante en la novela, los policías que escuchan las conversaciones, y que grabaron el relato del sueño de Susi, creen efectivamente que los evangélicos “hacen experimentos” con los fetos (249)), como si el régimen paranoico de la conspiración fuese ya potencialmente creíble: una parte posible de la realidad. Es en ese umbral donde el texto sitúa estas ficciones conspirativas, en su proximidad a lo verosímil, a lo que “puede ser” real.

En torno al sida, a la presencia replicante, generalizadora del virus, tiene lugar una reordenación de materiales de la novela, en donde la dimensión de lo viviente y de lo biológico se torna un horizonte sobre el cual se leen las transformaciones de lo político y de los ejercicios éticos. Esto muestra la relevancia de lo “meramente” viviente ante la cual se dislocan las lógicas de construcción del individuo; “es la irrupción de una corporalidad irreductible a la ‘persona’ o al ‘yo’, lo que se vuelve el horizonte de significación recurrente de la novela”. La imaginación política, las apuestas éticas, los modos en que se imagina y se narra la dimensión de lo propio y de lo común, la posibilidad y la

imposibilidad misma de la comunidad, se tejen sobre el fondo de estas retóricas y estas políticas de lo viviente no-personal, de la vida “a secas”, de lo meramente biológico ante lo cual se desvanecen las certidumbres y la centralidad no sólo del “yo” o de la persona, sino de la naturaleza y de la definición misma de lo humano. El portador, evidentemente, hace explícito ese espacio entre vida humana y vida biológica: ante el virus, ante la enfermedad, las certezas y las garantías de control sobre sí mismo y sobre el “propio” cuerpo —el fundamento de la autonomía del individuo— se tornan más precarias e inciertas. Es esa incertidumbre, ese vaciamiento de lo propio, lo que arroja a los personajes de la novela de Fogwill al vértigo de su “afuera”.

El huésped y el anfitrión

El virus, el sexo e, inevitablemente, el lenguaje; lo que “pasa”, lo que circula, lo que se contagia, lo que se copia y se replica, lo que está “entre”, lo que teniendo lugar en ese espacio intermedio lo hace posible; eso que a la vez une y distingue: ahí hay que leer el “afuera” que el texto de Fogwill quiere narrar⁹. La relación con la lengua oral en *Vivir afuera*, un aspecto frecuentemente subrayado por los críticos como una de las marcas distintivas de la novela y de la escritura de Fogwill, tiene que ver con esa replicación, cada vez diferencial, singular, del hecho de lo común de la lengua: la oralidad como el mecanismo de copia, de repetición de los lugares comunes del lenguaje, pero que cada vez se diferencia, se singulariza, le da la flexión particular a eso que se repite y se replica. La oralidad es el laboratorio de esa diferencia mínima en la que se tejen los sentidos de las experiencias subjetiva e histórica, un archivo incesante de la experiencia que se gesta precisamente “entre” los hablantes, allí donde cada hablante se pierde en esa lengua que es siempre ya del otro y de “nadie”.

De ese “entre” está hecho lo común en la novela de Fogwill: de lo que saca —el *afuera*— a los individuos de sí mismos, de su identidad, de su lugar, de lo que los expone a la extrañeza de sus cuerpos. Los personajes de *Vivir afuera* asisten al descentramiento radical de su subjetividad a partir del dato más inmediato, el más próximo, el de la vida de sus cuerpos, el hecho biológico de su existencia. Hacia el final del texto, Wolff recuerda que:

si entendió bien, Saúl había dicho que si el virus obedeciese a un programa de invasión y replicación para proliferar desaparecería, porque mataría a los únicos capaces de hospedarlo. Sabe —decía “sabe”— que debe tomarse tiempo para tener éxito, demorarse (288).

La intimidad o vecindad problemática con el virus —esa “extimidad” que desde el corazón de lo propio nos arroja a un afuera sin amparo— se vuelve una especie de pacto transitorio, a merced del visitante, del huésped. El tiempo de la vida “propia” queda “a disposición” del virus con el cual, sin embargo, se vive. La “persona” o el “yo” como función inmunitaria de control y dominio sobre el propio cuerpo, definida a partir de ese control y ese dominio, asiste a su destitución por parte de un virus que permanece, que se prorroga y con él extiende los plazos de la vida humana; es esa temporalidad incierta, esa exposición y esa disponibilidad lo que la figura del portador trae a la novela de Fogwill como una suerte de saber ético, como conjugador de modos de vivir y de modos de morir más allá o después de la ilusión inmunitaria. La hipótesis final en torno al sida —otro cruce de la ciencia y de la ficción— es clave en este sentido: en lugar de una proyección auto-inmunitaria defensiva, que reforzaría la promesa de la cura y, en su defecto, la capacidad de detener, luchar, eliminar eventualmente el virus, de erradicar su presencia en el propio cuerpo, el inmunólogo presenta una especie de inversión, donde el virus —el huésped— prorroga la vida del anfitrión, porque en ello va la suya propia. Los personajes de Fogwill, podemos decir, “tienen lugar en esta prórroga” concedida por fuerzas que no controlan pero que los constituyen: las fuerzas de eso que pasa por los cuerpos, de la vida como proceso biológico autónomo respecto de los procesos y significaciones de los seres humanos, lo biológico no como límite del sentido y de la significación sino como umbral ante el cual la subjetividad, la relación con el cuerpo (im)propio y con el cuerpo de los otros, se redefine profundamente. La enfermedad, el virus que vive entre nosotros, es el modo de nombrar y de narrar ese descentramiento.

Hay un gesto definitorio en el protagonismo del virus en la novela de Fogwill, ese virus que no se cura, no se supera, sino que permanece en una convivencia ambivalente, incierta. Me gustaría sugerir que esa presencia tiñe o contagia todo el universo narrado en la novela con el signo de lo irreparable, lo dañado, lo incurable: eso que en la vida de los cuerpos, de los sujetos y de

las sociedades no tiene reparación, lo que no tiene arreglo; lo que queda fuera de los sueños de transformación, de salvación, de cura¹⁰. El mundo narrado de Fogwill es un mundo que ya no obedece a ninguna promesa de redención colectiva por la política, ni a ninguna convicción de redención personal, sea por la moral o por la salud y el bienestar; un mundo radicalmente posthistórico, dado que no contiene en sí ningún horizonte normativo creíble, legítimo, que le proporcione un relato o una teleología; el mundo visto a partir del desvanecimiento de las promesas, sin futuro redentor, transformador, “progresista”; el mundo de los cuerpos con sus virus, con su muerte, con su finitud, sin cura, sin reparación, sin promesa de una salud inmune. Ese es el material al que el realismo de Fogwill da forma: “el mundo bajo la luz del desengaño, en el que los personajes se enfrentan a la aporía de la afirmación y a la apertura de una posibilidad en un mundo irreparable”. De nuevo, el virus es la medida de ese mundo: no se trata de un mundo “enfermo” por oposición a una “salud” posible, sino de un mundo donde todos los cuerpos están, actual o potencialmente, habitados por el virus —un mundo, por lo tanto, donde la salud no puede ser lo opuesto a la enfermedad sino, por el contrario, “un modo de relación con la enfermedad”—.

Es en ese horizonte donde, creo, hay que leer el “afuera” de *Vivir afuera*: como el umbral donde la ausencia radical de ideales normativos (que, para muchos, es la marca de nuestra época) abre la posibilidad de una experiencia —como dice Deleuze, un “paso de vida”— que, simplemente, no coincide con lo que la imaginación del bienestar y sus dispositivos y sus morales auto-inmunitarias tienen previsto para nosotros. Si “todos llevamos algo que en cualquier momento se te desencadena y te mata”, el texto de Fogwill ensaya modos de relación no determinada, no prevista, con *eso*. De ese gesto intemporal, pero cada vez único, extrae los tensores, las huellas del presente.

Notas

¹ Roberto Esposito analiza el despliegue de la modernidad política en términos de un dispositivo auto-inmunitario según el cual los poderes políticos, capturando e inscribiendo la dimensión de lo viviente, toman la vida como objeto de protección, para convertirla en el valor supremo y en la fuente de toda legitimidad política. La política se vuelve biopolítica precisamente en el momento en que se identifica con

el paradigma inmunitario. Dicho paradigma está atravesado, dice Esposito, por una aporía fundamental: la protección (auto) inmunitaria —por la cual los cuerpos y las sociedades se protegen no sólo expulsando aquello que los amenaza, sino también autoinyectándose pequeñas dosis de ese enemigo para generar más defensas— termina reproduciendo el peligro que se busca eliminar. Así, el “proceso de potenciación recíproca entre riesgo y protección puede llevar a resultados incontrolables” (Esposito, 2005: 201). El paradigma inmunitario es, dicho de otro modo, potencialmente tanatopolítico, poniendo en riesgo la vida que busca preservar y optimizar: la lógica del *pharmakon*. No hay, sin embargo, salida simple del modelo inmunitario: no podemos concebir una política que no tome a su cargo lo viviente. Por lo tanto, la alternativa no es entre una política “clásica” y una biopolítica “moderna”, sino entre “la rebelión autodestructiva de la inmunidad contra sí misma o la apertura a su reverso común”. (Esposito, 2005: 202). En efecto, para Esposito el tema de la inmunidad permite pensar de modos renovados la cuestión de lo común y de la comunidad. Analiza la oposición entre inmunidad y comunidad a partir de su referencia recíproca al *munus*, entendido como la condición de la vida en común. En este sentido, sugiere que “el verdadero antónimo de *immunitas* no es el *munus* ausente, sino la *communitas* de aquellos que, por el contrario, se hacen sus portadores. Si, en definitiva, la privación concierne al *munus*, el punto de confrontación que da sentido a la inmunidad es el *cum* en el que aquel se generaliza en forma de *communitas* [...] Respecto a tal generalidad, la inmunidad es una condición de particularidad: ya se refiera a un individuo o a un colectivo, siempre es <propia>, en el sentido específico de <perteneciente a alguien> y, por ende, de <no común>” (Esposito, 2005: 15). Esa es la lógica en la que se constituye la noción moderna de “individuo” como categoría y mecanismo que separa y divide inmunitariamente los cuerpos respecto de los dominios de lo común. Hay que pensar, imaginar, diseñar y habitar modos de relación políticos y éticos que no presupongan la destrucción de lo común como mecanismo de preservación y securitización del individuo: esa sería la tarea de una biopolítica afirmativa.

² Incluso si, como se sabe, el acceso a cócteles y tratamientos está atravesado por profundas desigualdades regionales, nacionales, de clase, etc., la mera existencia del cóctel como tratamiento relativamente exitoso transforma de raíz los modos de significar, de representar y de habitar la relación con el VIH.

³ En una entrevista que le hace Martín Kohan en el 2006, Fogwill desconfía de que *Vivir afuera* sea la novela del menemismo; en cambio, asegura que “es una novela casi te diría intimista” (Ver Kohan, 2006).

⁴ Josefina Ludmer indica que esta dislocación territorial es una de las marcas de la literatura latinoamericana contemporánea: una nueva topografía define las reorde-

- naciones de lo contemporáneo. Igualmente, Ludmer lee en esa reordenación la nueva centralidad de lo biológico (Ver Ludmer, 2004).
- ⁵ Peter Sloterdijk ha trabajado esta crisis de la pertenencia como el eje para entender la modernidad "globalizante" (Ver Sloterdijk, 2007).
- ⁶ Para la cuestión de la simultaneidad en relación a la imaginación moderna, ver Anderson, 1991.
- ⁷ Los personajes son vigilados, son narrados bajo una red de vigilancia totalizadora que los ve en sus movimientos y en sus encuentros, y que los dispone bajo la luz de una sospecha incierta. Esa vigilancia replica, a su modo, la topografía sobre la que tiene lugar la narración: el ser vigilados (como el espacio que comparten, o el tiempo sincrónico de sus acciones) es lo que los personajes tienen en común.
- ⁸ Mientras lee, Saúl escucha "nítida la voz del gordo destacándose contra el murmullo" (210) Se trata, cabe aclarar, de un paciente al que nunca conoció: la voz llega a través de la escritura. Trabajé sobre algunos aspectos de este personaje en relación a la imaginación política de la homosexualidad en Giorgi, 2004.
- ⁹ Wolff, en su registro masculinista y homosocial, podría agregar a esta lista las mujeres con las que acaba de compartir la fiesta sexual; al final del texto, piensa: "las mujeres, al cabo de su raid de compras, habían tomado su camino y no vendrían a reunirse con ellos. Tarde o temprano las volverían a encontrar. Son virus" (288).
- ¹⁰ El final mismo del texto es claro en este punto, es una frase que Saúl encuentra perdida en un libro de la biblioteca de Wolff: "Los hombres y el mundo. Tres hombres, dos mundos. Mundo del bien, mundo del mal. Hombres locos, boludos, y hombres hijos de puta. En el mundo del mal los locos se vuelven más locos, los boludos más boludos y los hijos de puta más hijos de puta. En el mundo del bien no se puede pensar, porque ya se fue lejos de nuestro alcance" (289).

Bibliografía

- Anderson, Benedict (1991) *Imagined Communities. Reflections on the Origins and Spread of Nationalism* (edición revisada). Londres: Verso.
- Becerra, Juan José (2000) "Historias del otro lado". *Suplemento Ñ en Clarín*. Buenos Aires, 9 de enero de 2000.
- Esposito, Roberto (2005) *Inmunitas. Protección y negación de la vida*. Trad. Luciano Padilla López). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____ (2007) *Terza Persona. Politica della vita e filosofia dell'impersonal*. Torino: Einaudi.
- Fogwill, Rodolfo (1998) *Vivir afuera*. Buenos Aires: Sudamericana.

G. Giorgi. Después de la salud...
Estudios 17:33 (enero-junio 2009): 13-34

- Kohan, Martín (2006) "Fogwill, en pose de combate". *Suplemento Ñ* en *Clarín*. Buenos Aires, 25 de marzo de 2006.
- Lemebel, Pedro (1996) *Loco afán. Crónicas de sidario*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Link, Daniel (2006) "Política del monstruo". Bongers, Wolfgang y Tanja Olbrich (comp.). *Literatura, cultura, enfermedad*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (2008) "Seis personajes en busca de un autor" en:
<http://elamante.com.ar/nota/0/0051.html>. (visitada el 21 de marzo de 2008).
- Ludmer, Josefina (2004) "Territorios del presente. En la isla urbana". *Pensamientos de los confines*. 15: 103-110.
- Noll, Joao Gilberto (1992) "Escrever para mim é um pouco a vontade de confronto com alguma força natural". Entrevista *Suplemento literário. Minas Gerais*. Vol. 26: 1178: 8-10.
- Pérez, Pablo (1998) *Un año sin amor*. Buenos Aires: Perfil Ediciones.
- Piglia, Ricardo (1981) *Respiración Artificial*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana.
- Rose, Niklas (2007) *The Politics of Life Itself: Biomedicine, Power, and Subjectivity in the Twenty-First Century*. Princeton: Princeton University Press.
- Schettini, Ariel (1998) "La marca del Estado". *Revista Inrockuptibles*.
- Sloterdijk, Peter (2007) *En el mundo interior del capital: para una teoría filosófica de la globalización*. Madrid: Siruela.